

# PINOCHO

AÑO. III  
NUM. 125.

25 cts

10 JULIO  
1927



—HE ENCONTRADO UN DENTISTA ESTUPENDO-FIGURATE  
QUE TE SACA UNA MUELA Y TE DA UNA COPITA DE COÑAC.  
—¿PORQUE PONES ESA CARA? ¿ES QUE SE LE HA ACABADO EL COÑAC?  
—NO, ES QUE SE ME HAN ACABADO LAS MUELAS.



## A stylized, abstract drawing of a person's head and shoulders, rendered in a dark, textured style. The figure has a large, rounded head with a prominent, dark, textured area on the right side, possibly representing hair or a shadow. The face is simplified, with a few lines suggesting features. The shoulders and upper torso are indicated by dark, angular lines. The overall style is graphic and expressive, with a focus on form and texture.

*La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón*





# EL CORREO DE CALIFORNIA

## CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

habían dividido en dos bandos para atacar los caballos del coche-correo. Muertos los animales, estaban seguros de dar pronto razón de aquel minúsculo grupo de rostros pálidos.

O'Brien, dándose cuenta de sus propósitos, gritó:

—¡Morgatt, atención! ¡Cuidado con los caballos!

Algún dardo había herido ya a los dos caballos de cabecera, haciéndoles relinchar.

El cochero dejó las riendas un momento, cogió el trabuco y, apuntando a un grupo de jinetes, lo descargó.

Dos caballos y tres indios, heridos de las balas, cayeron entre los gritos de furor de sus compañeros.

En aquel momento se oyó gritar a O'Brien:

¡El jefe!

Un indio de gran estatura que llevaba en la cabeza una diadema de oro adornada con plumas de gallo silvestre y que montaba un hermoso corcel blanco cual la nieve, habíase acercado al alcance de la voz, gritando al irlandés:

—¡Cédeme la *Fresa del bosque* o te haré quemar vivo atado al palo de la tortura!

O'Brien contestó con un disparo; pero la bala, a causa de un brusco salto de la carrera, se perdió en el campo.

—Dejádmelo —gritó el joven canadiense.

Acababa de cargar el fusil, apuntó cuidadosamente e hizo fuego.

El jefe, herido en pleno pecho, llevóse las manos al corazón, soltó la larga lanza que empuñaba y cayó al suelo fulminado, mientras su caballo corría a través de la pradera, desapareciendo entre las altas hierbas.

Un griterío terrible resonó entre los indios. Furiosos ante la muerte de su jefe, echáronse contra los caballos del coche-correo, acribillándolos a lanzazos.

Los pobres animales, aunque gravemente heridos, prosiguieron la marcha durante unos cuantos minutos, pero al fin cayeron uno encima del otro para no volver a levantarse más.

El enorme coche, detenido de repente, volcó violentamente, echando en medio de las altas hierbas al cochero y a los hombres que iban en la imperial.

Los indios habíanse apeado con rapidez, y mientras unos sacaban de dentro del coche a la mejicana, los otros se lanzaban por entre las hierbas para apoderarse de los blancos, que habían quedado como aturdidos

por aquel imprevisto vuelco, al extremo de no poder oponer resistencia alguna.

Pero no todos habían quedado maltrechos. Uno de ellos, aprovechándose de la ocasión, habíase deslizado por entre las hierbas, que eran altísimas en aquel sitio, desapareciendo sin que los indios se percataran de ello.

Aquel hombre era Morgatt.

El coloso habría podido oponer una larga resistencia, tanto más, cuanto que en la caída no había abandonado el trabuco. Pero había preferido alejarse silenciosamente, pensando que sería más útil a sus compañeros de desventura libre que prisionero.

Los indios, que a causa de la obscuridad no habían podido darse cuenta del número de las personas que iban en el coche, y que, por otra parte, no habían visto ni un momento al coloso oculto en el pescante, no advirtieron su desaparición.

Encantados del éxito, ataron fuertemente a los prisioneros, incluso a la mejicana, saquearon el correo y en seguida montaron a caballo para regresar al campamento.

Morgatt les dejó marcharse sin importunarles y cuando les vió desaparecer entre las tinieblas, salió de su escondite, diciendo:

—Andad, andad; pronto tendréis noticias mías. No tenéis astucia alguna y yo os podría dar lecciones de ella.

Acercóse al coche y contempló sus caballos. Cuatro habían

muerto ya y los otros dos estaban expirando.

—No hay que esperar nada de ellos —murmuró—. Y el fortín está todavía muy lejos. ¿Podré llegar a tiempo? Mis piernas son fuertes y cinco leguas no me asustan. Los prisioneros no serán atados al palo de la tortura en seguida y quizá llegue a tiempo de arrancarlos de las manos de aquellos malditos salvajes.

Estaba a punto de ponerse resueltamente en marcha, cuando vió una gran sombra blanca que avanzaba por entre la hierba.

—Debe ser el caballo del jefe indio que vuelve junto a su amo. He aquí una buena ocasión para apoderarme de él.

Como todos los americanos del Oeste, llevaba atado a la cintura un lazo, una correa de unos seis metros de largo, terminada en una anilla, dispuesta para coger a los caballos salvajes de las praderas y los que andaban sueltos de los grandes ganaderos.







Morgatt, que sabía servirse del lazo de un modo maravilloso, desatóse la correa y se acercó poco a poco al caballo, que se había parado junto a su amo, como invitándole a subirse en la silla.

Dió dos o tres vueltas al lazo y lo lanzó con mano segura. La cuerda cayó en torno del cuello del caballo, aprisionándolo estrechamente. Con un tirón irresistible, Morgatt le hizo caer de rodillas y saltó rápidamente encima de su grupa soltando de pronto la correa.

El caballo, sorprendido y hasta enfurecido de sentirse encima otro hombre, trató al principio de rebelarse empujándose y dando saltos, pero dos puños poderosos le redujeron a la obediencia.

—¡Al galope! —gritó Morgatt, soltándole la brida—. No soy un jinete que se deja desmontar fácilmente.

El caballo, que era verdaderamente un gran corredor, salió cual el rayo galopando hacia el Oeste. Empezaba a clarear el alba cuando Morgatt, que hacía cuatro horas llevaba el caballo a una velocidad desenfrenada, distinguió en el horizonte una columna de humo.

—¡El fortín! exclamó alegremente—. O este caballo es el mejor corredor de la pradera o nos encontrábamos más cercanos al fuerte de lo que yo creía.

Media hora después entraba como una furia en la aldea. Se componía de unas cincuenta casas de madera, protegidas por un fuerte construido con troncos de árbol.

Morgatt era conocido de la barriada y amigo del comandante del fuerte. Hizo que le diesen cuenta de su llegada y en cuanto le tuvo delante de sí, le dijo sin preámbulos:

—¿Tenéis gente disponible? Una pequeña tribu de *comancios* me ha atacado a unas cincuenta leguas de aquí y he tenido que dejar a los viajeros en manos de aquellos bandidos.

—¿Tanta audacia han tenido? —preguntó el comandante, que era un viejo militar que llevaba largos años peleando contra los indios—. Amigo mío, habéis llegado en una ocasión excelente y daremos a los *comancios* su merecido. Esta mañana ha llegado una columna de cincuenta caballos de la guardia de la frontera que va a relevar la guarnición de Búfalo.

—Preguntad a su jefe si quiere venir con nosotros.

—No se lo tendremos que decir dos veces. Dentro de cinco minutos estaremos a caballo y correremos tras las huellas de los pieles rojas.

No había transcurrido el tiempo fijado, cuando Morgatt, encima de otro caballo, galopaba por la pradera seguido del comandante del fortín y de los cincuenta jinetes de la guardia de la frontera, todos ellos jóvenes y robustos, espléndidamente equipados, y que no pedían otra cosa que echar mano a aquellos indios.

Las cinco leguas fueron devoradas en menos de tres horas. Cuando la tropa llegó al lugar en que el correo fué atacado, Morgatt descubrió las huellas de los indios que se veían claramente marcadas en el suelo húmedo de la pradera, y gritó:

—¡Adelante! ¡Les perseguiremos si es preciso hasta el Missouri!

La tropa, habiendo preparado las armas, prosiguió la carrera.

El campamento de los *comancios* no debía estar muy lejos, según imaginaba Morgatt.

Apenas era mediodía cuando descubrieron en la linde de un bosque de pinos unos grupos de tiendas.

—¡He allí el campamento —gritó el comandante—. El sable en mano y carguemos a fondo.

Los indios, que debían tener puestos centinelas, pronto habían advertido la llegada de la guardia de la frontera y precipitadamente montaron a caballo, mientras las mujeres y niños corrían a esconderse en el bosque.

El combate fué breve y encarnizado. Los indios, abrumados por el número, diezmados por los sables y pistolas, abandonaron pronto el campo de batalla huyendo por el bosque.

Mientras tenía lugar la lucha, Morgatt y el comandante se habían precipitado a las tiendas, recorriéndolas atentamente.

Los prisioneros estaban en la tienda del jefe en espera del suplicio. Los indios, en su precipitada huida, no habían tenido tiempo de asesinarlos.

Los soldados pegaron fuego al campamento y regresaron triunfantes al fuerte conduciendo el coche-correo.

Dos semanas más tarde, O'Brien y su joven esposa llegaban felizmente a San Francisco de California, y el Gobierno americano concedía al esforzado cochero un premio de mil dólares, merecida recompensa a tanto valor.

FIN



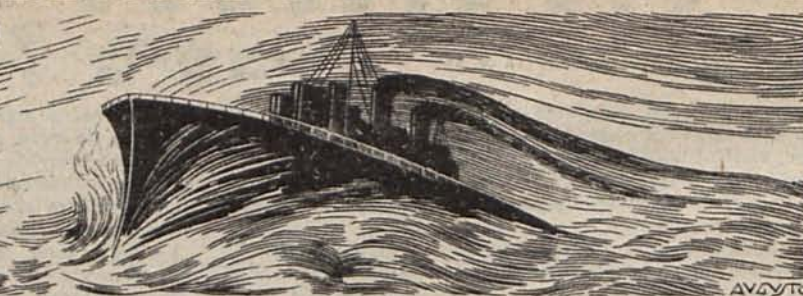






# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

de vez en cuando para oler los lugares en que Mop se había detenido; los demás le seguían.

De pronto dejó escapar un gruñido de cólera, y de un violento tirón rompió la cuerda, saltando hacia delante.

Oyóse un grito sofocado y vióse en la oscuridad caer un hombre a quien Black había saltado al cuello, hundiéndole en la garganta, de modo feroz, sus dientes fuertes y agudos como los de una fiera: era un *thug*. Antes de que el capitán Davy y los otros hubiesen podido impedirlo, el infeliz había sido destrozado, y Black se precipitaba en el subterráneo dando furiosos ladridos.

Voces de alarma y descargas de fusil se oyeron en el interior.

—¡A nosotros! —rugieron casi al mismo tiempo el capitán Davy, el Cónsul inglés y Patrick, preparando los revólveres y precipitándose detrás de Black.

Los soldados holandeses lanzáronse por el subterráneo con impetu magnífico, y en pocos instantes llegaron a la sala del templo, habiendo antes dado muerte a los centinelas.

La sala estaba vacía...; es decir, había en ella tendidos tres cuerpos humanos con la inmovilidad de la muerte: uno era de Mop, con un largo puñal clavado en el pecho; el otro era de *miss Ellen*, con la frente bañada en sangre; el tercero, del *pudjary* o *thug* sacrificador, al que Black había destrozado la garganta con sus dientes aún húmedos por la sangre del primer *thug* que había matado.

De tan horrible escena, el capitán Davy y Patrick no vieron, sin embargo, más que los exánimes despojos de la mujer adorada, y se precipitaron hacia ella gritando:

—¡Hija mía!...

—¡Ellen, Ellen!...

Un silencio tremendo, mortal, siguió a aquellos dos gritos desgarradores.

El Cónsul inglés experimentó la sensación de dos puñaladas en el corazón y murmuró con tristeza...

—¡Demasiado tarde!... ¡Pobre, desgraciado padre!...

..

Fácil es reconstruir lo sucedido: a las primeras voces de alarma y a las primeras descargas, Flaxman y el presidente de la reunión habían dado la señal de retirada y todos habían desaparecido por una salida secreta, sin dejar rastros.

Sin embargo, Flaxman había tenido tiempo suficiente para hacer una señal a los dos *thugs*, que custodiaban a Mop, uno de los cuales había clavado inmediatamente su kris en el pecho del pobre joven, y otra señal al *pudjary*.

Este, con júbilo feroz, había levantado su terrible arma, mientras el valeroso Black se le arrojaba, por desgracia demasiado tarde, para impedir el golpe, y después había caído pesadamente al suelo, agonizante, junto a su víctima, que cayó sobre la piedra de sacrificio, sin dar un solo gemido. El cuerpo de *miss Ellen* fué levantado por algunos soldados y transportado fuera del subterráneo.

El capitán Davy y Patrick eran presa de tal desespera-

ción, que el Cónsul inglés comenzó a temer seriamente por su razón y dió orden de volver inmediatamente a Batavia.

*Miss Ellen* fué colocada en unas angarillas hechas en pocos momentos con ramas de árboles, y todos emprendieron el camino de regreso, sin preocuparse más del misterioso subterráneo, en el que, por otra parte, no quedaban más que algunos cuerpos sin vida: Mop, el *pudjary* y los centinelas muertos. ¡Pobre Mop!

Si él ha muerto, no podemos menos que compadecerle, porque en el fondo, y apesar de sus antiguas culpas, era un buen diablo, y su fin prematuro es digno de llanto.

Si le ha quedado algún resto de vida, ¡ay!, nuestra compasión no puede ser menor, pues abandonado por todos, en tal lugar y en condiciones tales, poco había de tardar en dejar para siempre este deplorable valle de lágrimas.

*Miss Ellen* fué llevada a la residencia británica, metida en la cama y visitada al momento por un médico que hizo llamar al Cónsul.

El secuz de Esculapio, tras de un minucioso examen, declaró que la herida de la misera doncella era grave, pero no mortal, y que no desesperaba de poderla salvar.

Poco faltó para que tan buena noticia no matase al capitán Davy y a su marinero, como había corrido peligro de suceder con la desesperación de un principio. Por fortuna, raras veces hace tales efectos, y por esta vez nuestros amigos se salvaron.

Según lo previsto por el médico, y como consecuencia de los cuidados más solícitos, *miss Ellen* volvió a la vida y giró en su derredor una mirada más atónita que extraviada.

—¿Dónde estoy?—preguntó con una voz que hizo estremecer a Patrick.

—Aquí, en salvo—dijole el capitán Davy, estrechándola contra su pecho—. Lo ves, querida, estás en los brazos de tu padre...

—Mi padre...

—Sí, Ellen, amor mío, tu padre que ha vuelto a encontrarte y que no te volverá a dejar nunca...

La muchacha hizo un gesto.

—¿Por qué queréis engañarme?—balbució—. Mi padre ha muerto... me lo han matado; yo le vi caer, allá, en el mar... Y el crucero... ¡Dios mío, tened compasión de mí!

El capitán Davy se volvió a Patrick, en cuyo rostro resplandecía una alegría sobrehumana, indescriptible.

—Patrick—exclamó—, ¿qué significan estas palabras?...

—Perdón...

—Tú me dijiste que Ellen no se había enterado de nada.

El joven avanzó algunos pasos e hincando en el suelo una rodilla, respondió:

—Perdonadme, mi capitán; os había ocultado la verdad, para no deciros que *miss Ellen* estaba loca... Sí, ahora os lo digo; ahora que Dios le ha devuelto la razón.

¡Ah!, sabedlo: anhelaba encontrar a *miss Ellen*, pero temía por vos el momento en que os dieseis cuenta de que era demente, y pedía al cielo un milagro. Pues bien, el milagro ha tenido lugar.

—Gracias a aquel bribón que Black ha estrangulado con tanta gracia en el subterráneo—intervino el Cónsul—. Preguntad a nuestro doctor, y veréis cómo una conmoción vio-



lenta cura casi siempre la locura causada por una emoción terrible. ¿Me engaño, mister?

—De ningún modo—respondió el médico—. Si esta niña, según acabo de oír, estaba loca antes de recibir el golpe que por poco la mata, el terror experimentado al asistir a cualquier escena impresionante, y la herida recibida en la cabeza, han obrado, sin duda, tan poderosamente sobre su enfermedad mental, que la han curado casi de repente.

No os oculto, sin embargo, que si una causa externa no hubiese impedido que el golpe hubiese sido más violento, tal curación hubiera sido inútil, pues nos hallaríamos ahora ante un cadáver.

—Por fortuna—prosiguió el Cónsul—, esa causa externa ha estado... en las potentes mandíbulas del más bravo de los perros.

A propósito, ¿dónde está nuestro buen Black?

El capitán Davy y el marinero Patrick, ocupados como estaban en persuadir a miss Ellen de que se hallaban sanos y salvos y en explicarle de qué modo habían olvidado por completo, en virtud de aquel axioma sobre la ingratitud humana, al humilde, pero importantísimo personaje a quien debían toda su alegría en aquel momento.

Es cierto que Black, por su parte, no parecía tomar muy en cuenta aquel olvido, pues no se le veía ni oía por ninguna parte. Hay que decir, sin embargo, que, a las palabras proferidas por el Cónsul, el capitán Davy y Patrick se apresuraron a buscarlo por todas partes, con la esperanza de descubrir al fiel alano acurrucado en cualquier rincón; la busca fué inútil.

Se le buscó fuera, nada; se le llamó, se enviaron mensajeros para informarse de si alguien había visto un perro de tales y cuales señas; los mensajeros recorrieron Batavia durante el resto de aquella noche tan llena de aventuras y todo el día siguiente.

Todo fué en vano. Black, la perla de los canes, el héroe más valeroso y más desinteresado, puesto que en sus empresas no le guiaba el afán de conquistar ninguna condecoración, había desaparecido.

¿Dónde se hallaba?

He aquí un misterio del cual hemos de encontrar pronto la clave.

### III

#### EL FALSO VELERO



LA mañana siguiente, mientras aumentaban las esperanzas de una pronta y completa curación de miss Ellen, y disminuían las de recobrar a Black, que no se encontraba por ninguna parte, oyéronse algunos cañonazos en el mar, a la entrada del puerto de Batavia.

Eran las diez de la mañana; el día, magnífico; el cielo, despejado e iluminado por un sol hermoso, y todos los que se apresuraron, ya fuesen ciudadanos de Java o no, a averiguar la causa de aquellos disparos, vieron una escuadra inglesa que escoltaba a un magnífico yate, en cuyo mástil ondeaba el estandarte real.

El Cónsul inglés explicó inmediatamente a sus amigos de qué se trataba:

—Es el príncipe de Gales, heredero del trono, que, después de haber visitado la India, se dirige hacia Australia; la escolta saluda a la ciudad.

Con vuestro permiso, voy a prepararme para la visita a bordo.

La escuadra británica permaneció algunas horas a vista del puerto y por la tarde siguió su camino.

Al volver el Cónsul a la residencia, encontró a Patrick a

la ventana, dedicado a explorar con un catalejo la inmensa llanura líquida del mar de Java, que se extendía ante sus ojos sin límite.

—Bien, joven —le dijo dándole un golpecito en un hombro con la mano derecha, aún enguantada—; ¿seguís las evoluciones de nuestros buques en marcha?

—No, señor Cónsul.

—Diablo, ¿qué miráis entonces con tanta insistencia?

—Un punto negro que se acerca con rapidez y que va tomando la forma de un barco.

—¿Y eso os interesa tanto a vos, un marinero?

—Es que...

—Proseguid.

—Me parece reconocerle.

—Ah, ¿es un velero?

—No, un vapor.

—No veo en ello nada de extraordinario.

—Es muy justo; pero me parece...

—A ver, ¿qué os parece, querido Patrick?

—Reconocer en aquella nave al crucero que habéis lanzado tras de aquel malhechor de Alberto Wendover.

—Caracoles, ¿será cierto? Dejadme mirar.

El Cónsul inglés tomó el antejo que el marinero le alargaba y lo dirigió hacia el barco avistado.

—Sí, él es —exclamó después de mirar durante unos momentos—. Bienvenido; al fin sabremos algo de nuestros fugitivos.

—Decidme, ¿y miss Ellen?

—Cada vez mejor; ahora creo que está durmiendo.

—¿Y su padre?

—Está en la alcoba de su hija, señor Cónsul.

—Bien; ya no nos queda más que una gracia que pedir al cielo.

—¿Cuál, si puedo saberla?

—Que el crucero nos traiga vivos a aquellos granujas, a quienes ha dado caza, o que nos dé la noticia de que descansan ya con varios centenares de metros de agua sobre la cabeza.

—¡Hum! —hizo Patrick moviendo la cabeza.

—Joven, ¿dudáis del éxito de tal persecución?

—Lo confieso.

—¡Vamos, un vapor del Estado contra un simple velero!...

—Señor Cónsul, vos no conocéis a Alberto Wendover; yo, en cambio, le conozco.

Es un hombre extraordinario que no se deja coger tan fácilmente, y apostaría a que aún ha sabido encontrar medio de salvarse.

El Cónsul sonrió, encogiendo un poco los hombros, y se retiró diciendo:

—Veremos.

Una hora después estaba sobre la cubierta del crucero y preguntaba al comandante con visible ansiedad:

—¿Qué hay?

—Mirad —respondió el interrogado indicándole señas indudables de cañonazos.

—¡Un combate!

—Sí, un combate.

—¿Habéis encontrado al *Crucero sin nombre*?

—No.

—Entonces..., aquel velero... Comandante, ¿qué significa todo esto?

—Significa que a esa gente la protege el diablo.

—Caramba, agradecería os explicaseis mejor.

—Estoy dispuesto a hacerlo; escuchadme.

En vez de seguir al comandante del crucero en su narración, iremos a bordo del velero en que se habían embarcado Alberto Wendover, miss Polly Lobster y el Presidente de los fenianos, y asistiremos a cuanto allí suceda.

(Continuará en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO









# CUENTOS DE CALLEJA

## LA MÚSICA DEL BATALLÓN

Casillas



UENTENOS usted eso, tío Jeromo —gritaban varios niños alrededor de un anciano de aspecto venerable.

—¿Queréis saber por qué llevo esta pata de palo? —dijo mirando la que, en efecto, tenía—. ¡Pero si ya conoce la historia todo el pueblo! Pero no importa —añadió en tono cariñoso—; os la referiré, y puede que os sirva de provechosa lección. Hace ya muchos años, muchos —repitió con tristeza mirando las afanosas y hechiceras caras de sus oyentes— que yo entré, como los demás mozos de mi quinta, al servicio de la patria en el ejército.

Me correspondió ir a cazadores de infantería, y allí mis aficiones me llevaron a la música del batallón. A los tres meses era primer cornetín y lucía con orgullo en el brazo el galón dorado que indicaba mi musical jerarquía.

Estalló la guerra, la famosa guerra de la Independencia. Los franceses invadieron nuestro país, y los españoles tratamos de defendernos. Mi batallón iba de un lado a otro, buscando al enemigo o esquivándolo, según las órdenes que recibía el teniente coronel. Los muchachos llevaban intacta la provisión de cartuchos y deseaban quemarlos a todo trance en defensa de nuestra independencia; pero la disciplina, ese freno tan necesario en todas partes, y más que en ninguna en el ejército, hizo que en alguna ocasión, cuando estábamos a punto de empezar el zafarrancho, permaneciésemos a pie quieto horas y horas.

Por fin llegó la hora del avance. «¡Gracias a Dios —exclamaron todos— que vamos a verles las narices a los franceses!» El teniente coronel estaba que no cabía en sí de gozo, y desde nuestro jefe hasta el último soldado no teníamos más que un propósito: ¡vencer o morir! Ocupamos una loma, y allí esperamos al grueso del ejército. Los franceses, en otra colina situada frente a la nuestra, habían levantado fuertes trincheras. La



subida era muy difícil y arriesgada. Todo hacía predecir un combate duro y sangriento, porque el enemigo estaba resuelto a defender sus posiciones palmo a palmo. Oímos la primera descarga de las guerrillas, y un escalofrío circuló por las filas. «Ya ha comenzado el jaleo» —dijimos—. En el acto, el teniente coronel dió la orden de que el cura, el médico y la música se colocaran en sitio resguardado para que las balas no les alcanzasen. A regañadientes nos pusimos donde se nos dijo, y desde allí estuvimos contemplando la batalla.

Primero comenzaron las guerrillas, abriendo un fuego de dos mil de a caballo sobre el enemigo. ¡Pim! ¡Pam! ¡Fuego graneado! Aquello iba a ser reñido. Trajeron dos heridos adonde estábamos, y el médico les hizo en el acto la primera cura. Nosotros saludamos con las frases más cariñosas a nuestros compañeros, mostramos el puño al enemigo y nos avergonzamos de estar allí ociosos mientras morían nuestros hermanos; pero ¿qué podíamos hacer, si no llevábamos fusiles? Yo lancé una mirada a mi cornetín, pidiendo a Dios que lo convirtiese en un obús para exterminar al enemigo.

Sonó la corneta. ¡Bravo! ¡Paso de ataque! Ahí están los valientes cazadores. Y entusiasmados miramos a nuestro bravo teniente coronel levantar la espada y arengar a los soldados. Se puso a la cabeza del batallón y se lanzó a la carga.

Ya subían los nuestros cerca de las posiciones enemigas con la bayoneta calada, pálidos de coraje y jadeantes por la carrera, cuando... una, dos, tres descargas cerradas del enemigo, que disparaba casi a quemarropa sobre los nuestros, les hicieron retirarse mal de su grado.

El teniente coronel, pálido de despecho, no quería retirarse y anhelaba morir junto a la trinchera; pero los oficiales le persuadieron de que era inútil su sacrificio y que, más que una muerte gloriosa, pero estéril, con-





vendría rehacer el diezmado cuadro y lanzarse a la carga. El jefe, vuelto hacia la posición enemiga, amenazó con su acero a los enemigos de la patria y, picando espuelas al caballo, descendió de la loma, ordenó su batallón y comenzó de nuevo la contienda.

Desplegados en ala, hicieron los nuestros un terrible fuego sobre el enemigo, y aunque las armas que entonces se usaban no permitían hacer disparos tan rápidos como las modernas, era tal el coraje con que disparaban, que no parecía sino que aquellos gróseros fusiles de chispa eran armas de repetición.

Millares de balas se cruzaron, porque el enemigo era numeroso y valiente.

En medio de aquel huracán de plomo, uno de los oficiales se adelantó, diciendo al teniente coronel: «Permítame usted que vaya a recoger un herido nuestro que hay cerca de la trinchera». Y sin aguardar el permiso, que le hubiera sido negado, picó espuelas a su caballo y avanzó como una centella hacia el enemigo.

Ni una bala le tocó; parecía como si una mano invisible las detuviera a su paso. Suspendieron los nuestros el fuego por miedo a herirle en la espalda, y los franceses, sorprendidos y admirados ante aquel rasgo de heroicidad, quedaron un momento perplejos.

Llegó al pie de la trinchera, recogió al desgraciado herido y se volvió hacia nosotros, llevándolo en sus brazos con la más tierna solicitud. Nosotros le seguíamos con la vista, suspendido el aliento y llenos de inquietud; mas, al verle regresar sano y salvo, partió de las filas una lluvia de aplausos, de vivas y de aclamaciones.

Formadas de nuevo las tropas, intentaron, bajo las

balas francesas, un nuevo esfuerzo. «¡Arriba, valientes!» —gritábamos nosotros con el pecho oprimido y la respiración anhelante—. La segunda acometida obtuvo el mismo éxito que la primera.

El músico mayor tuvo un arranque. Pálido como un muerto y con los ojos inflamados por el despecho, casi llorando de

rabia, se adelantó y en nombre de todos pidió al teniente coronel le concediese el honor de que la música fuera a la cabeza del batallón hasta la trinchera enemiga. El teniente coronel vaciló un momento; nos miró de un modo indefinible, y de pronto dijo al fijarse en el cura y en el médico, que en un arranque de patriotismo habían empuñado sendos fusiles: «¡Hijos míos, vamos todos a la trinchera! ¡Pensad en Dios y en la Patria!» Y esta vez se dio la carga de un modo imposible de contar. Desenvainó el músico mayor su espada, dió con él la señal de empezar sin decirnos qué, y como si nos hubiéramos



puesto de acuerdo, sonaron los primeros compases de la jota aragonesa. Brilló el entusiasmo en todos los semblantes, y avanzamos como una avalancha sobre el enemigo. Un huracán de plomo nos salió al paso; algunos cayeron; los demás seguimos avanzando.

Los músicos desfogábamos nuestra rabia apretando los labios contra los instrumentos. De allí no salían notas, sino rugidos. El músico mayor cayó de pronto herido en el pecho. Sus últimas palabras fueron: «¡Adelante, hijos míos!» ¡Por fin llegamos! La última descarga me hirió en la pierna y caí sobre la misma trinchera como sobre un lecho de honor. Cuando recobré el sentido me encontré en la ambulancia y a mi lado al teniente coronel, que me decía: «¡Bravo, muchacho! ¡Has merecido bien de la patria! En nombre del rey recompensó tu valor con esta hermosa condecoración». Y colocó sobre mi pecho la cruz laureada de San Fernando. El anciano hizo una pausa. Su voz estaba temblorosa por la emoción. Y he aquí —dijo serenándose— cómo he servido a mi patria sin haber manejado nunca más arma que mi pobre cornetín; lo cual prueba, queridos míos, que cada uno en su esfera puede prestar señalados servicios a su país como tenga lo que teníamos nosotros aquel día memorable.

—¿Qué tenían ustedes?— interrogaron los pequeños.

—Mucha fe en la victoria y la convicción de servir una causa justa. En estas condiciones se allanan y facilitan las empresas más difíciles.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección, pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



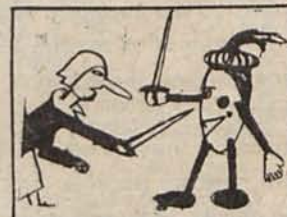
Consulta de árboles.  
VICENTE PEDRERA.



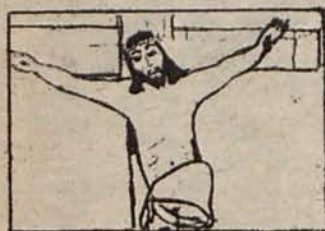
En la escuela.  
GABRIEL MONJE.  
Diez años.



Retrato.  
PETRA L. NAVARRO.



Terrible encuentro.  
ROMÁN JUGO.



Jesús crucificado.  
MANUEL ALVAREZ SOTOMAYOR.



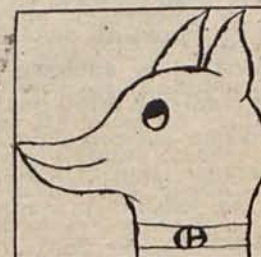
Don Turulato, de viaje.  
RAFAEL ARACIL.



Un afilador.  
L. CAMPO



Un tulipán.  
AUROrita CARRASCO.  
Diez años.



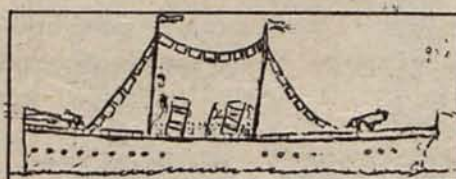
El perrito de Xaudaró.  
ASUNCIÓN JIMÉNEZ. 11 años



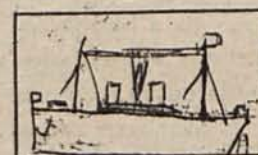
Batalla ratonil.  
MARCELO SÁNCHEZ.  
Once años.



Anita.  
EUGENIO MANEY.



Un buque de guerra.  
MIGUEL TORRES GANO.  
Nueve años.



Un trasatlántico.  
JOSÉ LUIS PÉREZ.



Morronguis.  
MARGARITA MADRAZO.

### Chistes.

¿Cuáles son los militares que necesitan tener más fuerza?  
Los ingenieros, porque llevan castillos auestas.

¿Cuál es el animal que si pierde la hembra se queda cojo?  
El pato, porque pierde la patá.

¿En qué se parece un elefante a una banda de música?  
En que tiene trompa.

ALVARO G. DE PRUNEDA.

—¿Cómo llevas tanta sangre en la frente?

—Porque me he caído de un árbol.  
—¡Pobrecito! Habrás llorado mucho.  
—¡Para qué, si estaba solo!

GREGORIO DE LA CRUZ.

En un examen de geografía.  
Profesor.—¿En cuántas partes se divide el mundo?

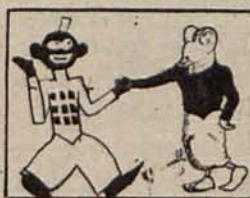
Alumno.—En cinco.  
Profesor.—¿Cuáles son?  
Alumno.—Llave, cerradura, bisagra, cajón y ropa.

MARIANO GARCÍA.

¿En qué se diferencian los árboles de los chistes que hace mi hermanito Pepito?

En que los árboles hacen sombra, y os chistes de mi hermanito no tienen sombra.

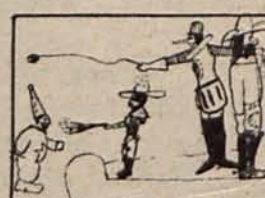
VICENTE L. FORCADA.



Currinche y Rooqueso.  
JORGE V. RADAELLI.



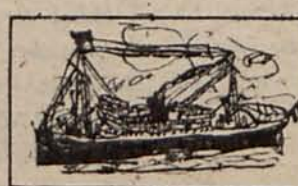
Don Turulato.  
PEDRO MUÑOZ.



Pinocho, Currinche y Don Turulato en Carnaval.  
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.  
Trece años.



Filipina.  
PILUCA MONTAÑO.  
Diez años.



Un vapor.  
EMILIO ISASA.



Don Turulato y Currinche se divierten.  
ANDRÉS RUIZ DE LA ROSA.  
Siete años.

### Chistes.

Entre andaluces.  
Decía un andaluz a otro:  
—Compadre, tenía anoche tal sueño, que me quedé dormido sin sentir, y cuando me desperté por la mañana vi que me había quedado con la mano en la frente en el momento de persignarme.

—Ca, hombre; eso no es nada. A mí me ha pasado más. Una mañana al despertar me encontré con las manos apoyadas en la cama y todo el cuerpo fuera, en el aire.

—¿Cómo?  
—Como que me quedé dormido al saltar a la cama.

CONCHITA ORIA.

¿Cuál es el cura que dice de peor gana la misa?  
El del Ejército, porque dice la misa a la fuerza.

FLORENCIO ALVAREZ.

¿En qué se parece un Atlas a un cuartel?

En que tiene cabos.  
¿Y a Madrid?  
En que tiene golfos.  
¿Y a una carpintería?  
En que tiene sierras.

¿En qué se parecen los poetas a los albañiles?  
En que hacen obras.

¿En qué se parecen las judías a los boxeadores?  
En que se pegan.

RAFAEL JIMÉNEZ.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

## FALLO DEL JURADO

### PREMIOS

**Primer premio.**—José Franco Buendía, Madrid.

**Segundo premio.**—Francisco Avilés Bernabéu, Barcelona.

**Tercer premio.**—José Aguado, Bilbao.

**Cuarto premio.**—Gaspar Vicente Zelayeta, Habana (Cuba).

**Quinto premio.**—Jorge Fernández García, Río Janeiro (Brasil).

### ACCÉSITS CON DIPLOMA

Se conceden a los siguientes Pinochistas:

Manuel Garciarán, Bilbao; Ruperto Fernández Arias, Madrid; José Martín Arias, Badajoz; Jorge Martín García, Madrid; Javier Larra Hernández, Madrid; José Gutiérrez, Madrid; Federico García Gutiérrez, Sevilla; Juan Herrera, Bilbao; Augusto Jiménez Aloy, Barcelona; Guadalupe García Pascual, Barcelona; María Conde Hinojosa, Badajoz; Concha Dubois Jinestal, Sevilla; Ismael de la Palma, Oviedo; Roque Aguado Fernández, Cuenca; Rita Ruiz Herranz, Valencia; María de la Cueva, Cartagena; Encarnación Rey Espinosa, Almería, y Jacinto de la Torre Jiménez, Sevilla.

Los premios consisten en libros de Cuentos de Calleja.

El accésit consiste en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido (los Pinochistas de América tendrán tres meses para reclamarlo), acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE DICIEMBRE

NÚMEROS 94, 95, 96 Y 97

**PREMIOS, consistentes en libros de Cuentos de Calleja.**

**Cuentos.**—Primer premio: Encarnación Mateo, Valladolid.—Segundo premio: Joaquín Zugasti, Buenos Aires.

**Historietas.**—Primer premio: José Serrano Cubillo, Villanueva de Minas.—Segundo premio: Corito Solano.

**Dibujos.**—Primer premio: Luisito Balmore.—Segundo premio: Julio Zahonero, Madrid.

**ACCÉSITS CON DIPLOMA, consistentes en un Diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.**

**Historietas.**—Julito Rocha; Fernandito Fernández, Bembibre; Alberto de Magua, Chamartín; Antonia Sanz, Madrid; Abel Sánchez Azpiazu.

**Dibujos.**—Alfredo Pérez Torreblanca; Alcides Méndez, Costa Rica; Juan Calzadilla, Madrid; Margarita Dahl, Tángier; Joaquín Castejón, León; Carlos Soto, Madrid; Inésita Cabans, Barcelona; Enrique Losada, Madrid; Jaime Porcar, Liria; Francisco López, Madrid;

Rubén Gutierrez, Managua; Antonio Pellico, Madrid; Antonio Sánchez, Plasencia; J. Orden; Carlos Cruz, Madrid; Angelito Lafuente, Madrid; Manolo Blanque, Madrid.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Pueden tomar parte en este nuevo Gran Sorteo de Regalos no sólo los suscritores, sino todos los lectores de PINOCHO.

Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la Lotería de Navidad, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

**PINOCHO**

SORTEO DE REGALOS  
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 5





# CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

**Manuel Suárez-Llanos.**—Recibida tu fotografía, que irá en mi Revista en cuanto le toque salir. Para publicar tus dibujos no tienes que hacer otra cosa sino enviármelos acompañados cada uno de su cupón correspondiente. Te envío abrazos apretadísimos.

**Rosita Dargallo.**—Fíjate en que ya pongo tu apellido perfectamente bien. Te pido mil perdones por haber equivocado la D por la B. Por tu carta veo que, como buena Pinochista, eres buenisima persona y tienes, entre otras cualidades que te adornan, la de la inteligencia. Tu chiste, magnífico, me ha gustado extraordinariamente. Muchos abrazos muy fuertes de todos y muy especialmente míos.

**Lucía Casado Flores.**—Currinche cumplirá tu encargo con toda exactitud. Ya sabes que Currinche es servicialísimo y que se despepita por complacer a Pinochistas tan simpáticas e inteligentes como tú. Huelga decirte que tus dos soberbios dibujos se publicarán en mi Revista. Los ha recibido Currinche y con esto está dicho todo. Cariñosos abrazos de Pirula, Anita, Colorín, Tín, Ton, etc., etc.

**Aurorita Carrasco.**—Como siempre, son formidables tus dibujos. Progresas de un modo rapidísimo. Cada envío que me haces es una nueva prueba del terreno que vas conquistando en el arte. Te felicito y me felicito, queridísima Aurorita. Un abrazo muy fuerte.

**Pilar Galán.**—Las soluciones a los pasatiempos las he recibido y también los magníficos dibujos y chistes. Lo que no sé es si dichas soluciones serán merecedoras de premio o no lo serán. Si están bien y completas, ten la seguridad de que serán premiadas. El jurado que ha de fallarlas es justísimo y no da nunca un premio a los solucionistas que no lo merecen ni deja sin él a los que son acreedores a obtenerlo. Yo desearía que estuvieses entre estos últimos. Tuyo incondicional.

**Emilio de Isasa.**—No necesitabas en tu carta hacer tu presentación. Yo conozco a todos mis queridos Pinochistas, y siendo tú de los más entusiastas, comprenderás que el no recordarte sería una anomalía de mi cerebro de madera. Te recuerdo perfectísimamente y además correspondo a tu estimación duplicando, triplicando, multiplicando... por infinito todo el afecto que de mí descas. ¡Tú no sabes cómo queremos los muñecos de madera! Tus dos dibujos, maravillosos de técnica y de interpretación, irán a mi Revista en cuanto les llegue su turno. Pirula, Anita, Colorín, Morronguis, toda la pandilla de Colorín y yo, agradecemos muchísimo tus cariñosos recuerdos y ahí van con muchos abrazos de todos.

**Guillermo Rolland.**—Tu dibujo es cosa digna de excepcional elogio. Está

magistralmente bien. Eres todo un artista, querido Guillermito. Excuso decirte que en cuanto le toque salir aparecerá en las columnas de mi Revista. Un fuerte abrazo de tu gran amigo.

**Manuel Vázquez.**—Currinche, Morronguis, Laura, Cañamón y Colorín están como chicos con zapatos nuevos desde que han visto los fidelísimos retratos que les has hecho. No te quepa duda de que aparecerán en mi semanario inmortal, colosal y sin igual. Tuyo siempre.

**Matilde Vega.**—Me duele mucho que me digas que no las tienes todas contigo y me asombra que después del tiempo transcurrido no hayan salido aún tus dibujos. ¿Los mandaste quizás en aquella época en que por exceso de original hubo que suspender la admisión de trabajos? Si ha sido esto, ya está todo explicado. De otro modo no lo entiendo. Los que ahora me envías irán a su tiempo en mi Revista. Anita, Pirula, Don Turulato, Tín, Ton, Morronguis, etc., etc., me encargan muchos abrazos para ti, a los que uno el mío muy efusivo.

**Alvaro Maraver.**—Ha llegado y ha triunfado tu soberbio dibujo. Tienes facultades maravillosas para ser un artista del lápiz. A ver si me mandas más trabajos para publicarlos en mi Revista. Mi más cordial enhorabuena y muchos abrazos.

**Encarnación Peregrín Arvide.**—El mejor procedimiento para enviar las soluciones de los Concursos de Pasatiempos sin que tengas que estropear las planas de mi Revista, es calcar los pasatiempos en un papel transparente y dibujar en este mismo papel las soluciones. Claro que hay pasatiempos cuya solución no es preciso dibujar y en éstos te ahorras el calco. Pirula, Tín, Ton, Currinche, etc., etc., agradecen mucho tus recuerdos y te los devuelven afectuosísimos con muchos abrazos. Tuyo incondicional.

**Vicente Pedreros.**—Me causa muchísima pena no poder publicar los últimos lindos dibujos que me envías, porque los has hecho a lápiz, y esto, queridísimo Vicentito, no tiene perdón, porque ya me has enviado otros trabajos y siempre los has hecho a pluma. ¿No sabes, simpático Pinochista, que los dibujos a lápiz no pueden reproducirse? Recibe apretadísimos abrazos de tu formidable amigo,

*Pinocha*

## VIDA PINOCHISTA

Todos los PINOCHISTAS son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Marijita Fellá Gutiérrez.  
Madrid.



Medio docena de entusiastas Pinochistas cubanos.



Edelmirito Fellá Gutiérrez.  
Madrid.

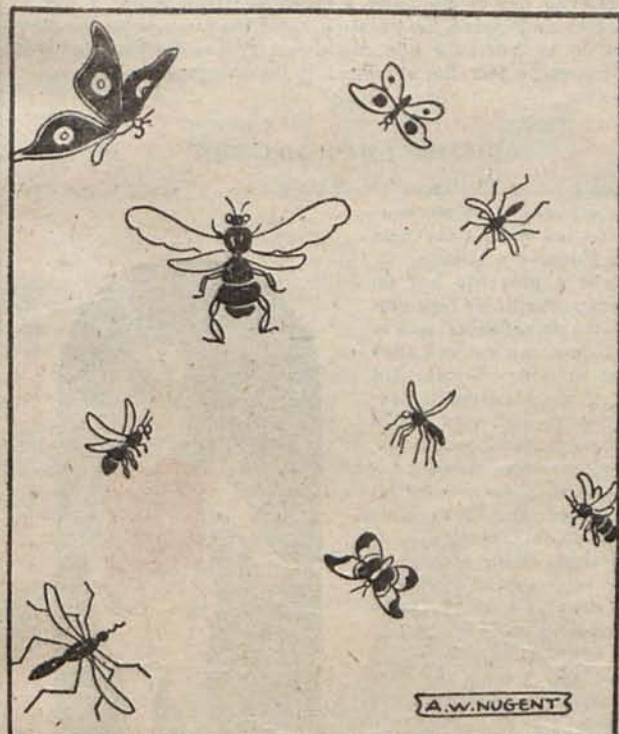
Ayuntamiento de Madrid



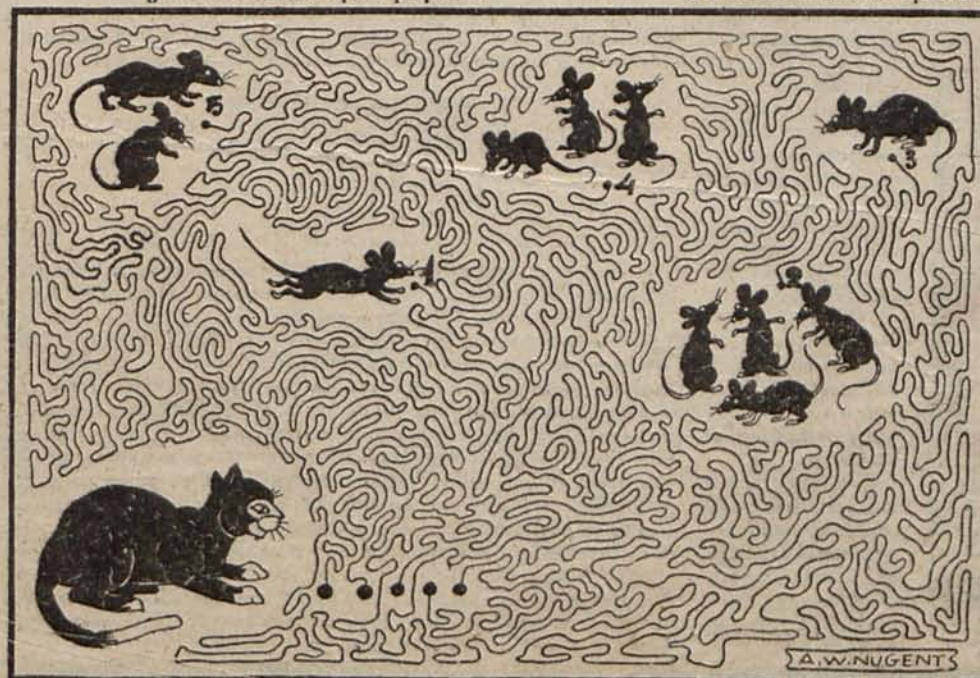
# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

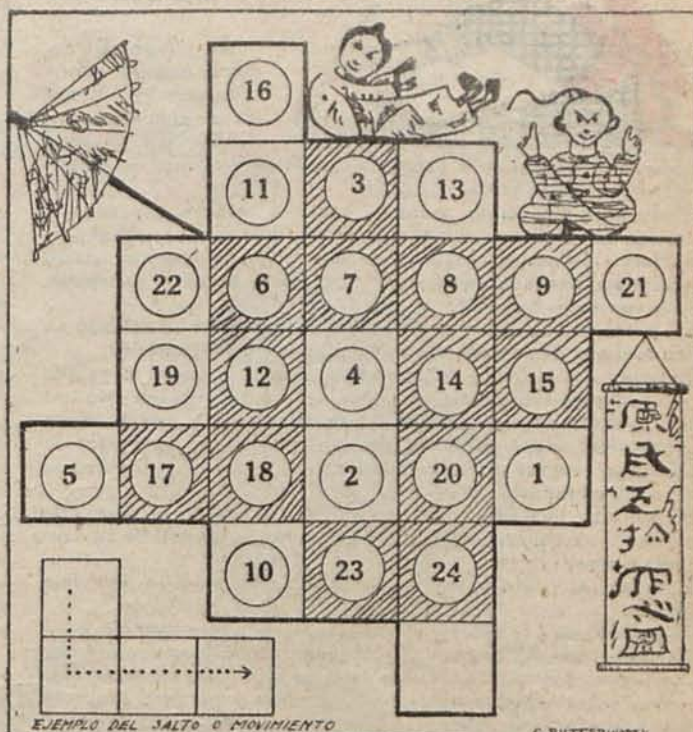
## ROMPECABEZAS



Como veis, en este rompecabezas hay una mariposa grande y dós pequeñas, una mosca grande y dos pequeñas y un mosquito grande y dos pequeños. Se trata de trazar seis líneas sin que ninguna se toque, de la siguiente forma: dos, que partan de la mariposa grande, una a cada mariposa pequeña; dos, de la mosca grande a cada mosca chica, y dos, del mosquito grande a cada mosquito pequeño.



## EL SALTO DE CABALLO



EJEMPLO DEL SALTO O MOVIMIENTO

G. BUTTERWORTH

Tenemos, como veis, 25 cuadros y 24 fichas mal colocadas. Estas fichas están mal colocadas excepto las que están en cuadros rayados, que están bien. No obstante, todas tienen que moverse, debiendo quedar al terminar el juego la ficha 1 en el lugar que ahora ocupa la 16, la 2 en el 11, la 3 donde está, la 4 en la 13, etc., etc. Los movimientos se harán como el caballo salta en el juego del ajedrez, o sea de un cuadro cualquiera al cuarto, contando el su o, en ángulo recto, como en el ejemplo que os doy en el dibujo. No se podrá saltar nada más que a un cuadro vacío, o sea, que no tenga ficha. Los movimientos o jugadas que hay que hacer son 30. Indicación en la solución el orden en que se mueven las fichas. Para este juego trazaos sobre un papel unos cuadros igual que indica el dibujo y haceos unas fichas de esta forma; con el modelo delante podréis hacer todas las combinaciones hasta que acertéis.

## EL GATO Y LOS RATONES

Se trata en este trabajo de averiguar cuál es el camino que nos ha de conducir a cada uno de los lugares donde se hallan los ratones, partiendo de cada una de las bolas que hay cerca del gato. Estad seguros de que si el gato lo supiera ya no había ni un ratón.



# SECCIÓN PIRULA



## CUENTOS DE PIRULA

*El milagro del sable de madera. (Continuación.)*—A la mañana siguiente, las tropas de Bagdad

recibieron de improviso la orden de formar para ser revistadas por su jefe supremo, el califa.

Media hora más tarde, miles de hombres estaban alineados, y examinando a cada uno con mirada escrutadora iba pasando el propio Harun-al-Raschid, seguido de una pequeña escolta: cuatro guardias que llevaban encadenado a un viejo de nariz ganchuda, tocado con sucio turbante.

De pronto, el soberano se detuvo: se hallaba ante un soldado en quien acababa de reconocer a su amigo de la noche anterior.

El pobre Ali, si bien estaba lejos de sospechar que el magnífico y todopoderoso califa fuese el mismo hombre a quien tan incantamente confió sus secretos, se echó a temblar bajo la mirada severa del monarca; sentía confusamente, sin duda, que algo grave le amenazaba; esto le sucede a cada instante a cuantos no tienen la conciencia en reposo.

Harun hizo una seña, y los guardianes obligaron al miserable Muzaffer a arrodillarse y a bajar la cabeza en la actitud de un condenado a muerte.

Entonces el califa, dirigiéndose a Ali, ordenó con voz formidable:

—Avanza, saca tu sable y córtale la cabeza a este bandido.

El desdichado Ali se puso pálido, luego verde, luego colorado y de varios colores más; temblando cayó a los pies del soberano.

—Se... señor —tartamudeó—, no me elijas a mí para tan dura faena. Considera que este anciano es mi bienhechor y que le quiero como a un padre.

—¿Me niegas la obediencia? —preguntó Harun-al-Raschid frunciendo el entrecejo.

—¡El cielo me libre de tal crimen, señor! ¡Pero, en tan terrible trance, yo imploro a Alah y le suplico que haga a mi favor un milagro: que impida a mi sable cortar, que cambie la hoja de acero... ¡en una hoja de maderal!

Al terminar estas palabras se puso en pie, desenvainó su sable y lanzó un grito de triunfo; el milagro se había consumado: ¡el sable era de maderal! Durante un segundo, el califa se quedó estupefacto por tal descaro.

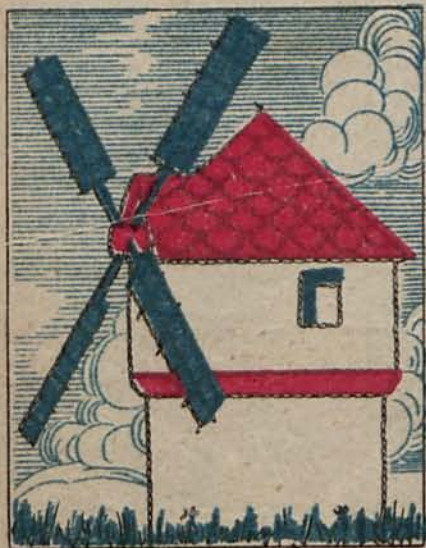
—¡Soldados! —exclamó luego—.

Avanzad vosotros y desenvainad vuestros sables para ejecutar la sentencia de muerte. Pero todos los soldados, alzando la mirada al cielo, exclamaron a una:

—¡Alah! ¡Renueva para nosotros el milagro!

Y desenvainaron todos a un tiempo otros tantos sables de madera.

Esta vez Harun-al-Raschid no pudo contener una carcajada: tal gracia le hacía la aventura y el oportuno ingenio de Ali y de sus compañeros.



—Bien está —dijo cuando se le calmó la risa—. En vista de que no hay medio de ejecutar a este viejo bandido, le perdono; solamente le exijo que os devuelva a todos vuestros sables y que él desaparezca de Bagdad. En cuanto a vosotros, también os perdono; pero sabed en adelante que dos cosas quedan terminantemente prohibidas en mi ejército: el juego... ¡y los milagros!

FIN

## PIRULA, BORDADORA

*Molino a punto de cadeneta.*—¿Sabes, amiga Pirulinda, que hace varias semanas que no nos ocupamos de tus simpáticos hermanitos Pocholo y Lilinda?

Por eso te presento hoy un molino tan sencillito de reproducir a punto de cadeneta, que la propia Lilina, con sus seis años escasos, lo podrá bordar sin dificultad, y un modelo de traje muy propio para que lo luzca el regordete Pocholo.

Y como los dos se adoran, Lilina dedicará a Pocholo su labor, decorando con sus molinos los bolsillos del traje, y Pocholo tendrá una doble alegría al estrenar un traje tan mono decorado con una labor hecha por Lilina.

Este traje, que es a la vez muy de *baby* y muy de *chico*, me gustaria que se reprodujera en *toile* de hilo en color verde o salmón, según si Pocholo es rubio o moreno.

En el primer caso, se bordará en negro; en el segundo caso, en azul marino, y en los dos casos con grueso algodón perlé.

La parte superior termina formando un doble festón de anchas ondas. Como de la regularidad y perfección de estos festones depende en gran parte la gracia de todo el traje, yo te aconsejaría, amigueta lectora, que te encargaras tú misma de su confección... sea dicho sin ofender, en sus talentos de bordadora primorosa, a la lindísima Lilina, a quien incumbe la responsabilidad de bordar los dos molinos a punto de cadeneta que decoran los bolsillos.

## PIRULA, COCINERA

*Receta de julio: croquetas de bacalao.*—¿Conocéis la canción que dice

Han llegado  
de Bilbao  
cien arrobas  
de bacalado?

Pues bien, lo que para nosotros ha llegado (y no de Bilbao precisamente, es la hora de comer una sabrosísima croqueta de bacalado, cuya receta os voy a dar a continuación:

Se cuece el bacalao en agua fría, se retira de la lumbre en el momento en que va a hervir, se espuma y se le quitan la piel y las espinas. Se prepara aparte una salsa bechamela, que se mezcla con el pescado, y se deja enfriar esta masa. Es preciso que, cuando la masa esté fría, quede lo bastante espesa para hacer croquetas con ella. Con la masa fría se forman unas cuantas croquetas, que se envuelven en pan rallado muy menudo; luego, en yema de huevo muy batida, y luego, por segunda vez, en pan rallado. Se frien entonces en aceite muy caliente, y cuando adquieren un bonito color dorado se retiran y se sirven con un poco de perejil picado encima.

¡Ah! ¡A propósito! Yo he conocido una cocinera que decía *cocletas*, otra que decía *cocretas*; pero a vosotros no necesito recordaros que debe decirse *croquetas*, sean de bacalao o de lo que sean; seguramente lo sabíais tan bien como yo.

